

nos. ¿Y por qué los nombres de estos tribunos han pasado á la posteridad gloriosos, incólumes, immaculados? Porque caminaron á su fin con los ojos puestos en la justicia, y si cayeron, sobre sus cabezas yertas se refleja la eterna luz de la vida. ¿Y los emperadores? Los emperadores quisieron alcanzar el mismo fin, pero por el despotismo, por el crimen, por la injusticia. ¿Y qué ha sucedido? Nadie se acuerda de que Tiberio estableció el crédito territorial sin interés para salvar al pobre, y todos se acuerdan de que se bañaba en sangre; nadie se acuerda de que Neron dió la justicia gratuita, y todos se acuerdan que asesinó á su madre; nadie se acuerda de que Domiciano igualó á los caballeros con los plebeyos, y todos se acuerdan de sus crueldades; nadie se acuerda de que Claudio hizo inviolable la vida del esclavo, y todos se acuerdan de que mató diez y siete mil hombres en un espectáculo; nadie se acuerda de que Cómodo salvó á la esclava antigua de la prostitucion devolviéndole su dignidad de mujer, y todos se acuerdan de sus prostituciones; nadie se acuerda de que Caracalla abrió de par en par las puertas de Roma á todos los hombres, y todos se acuerdan de que cerró su corazón á la justicia; y esto prueba, señores, que al bien solo se va por el bien, que la justicia no se alcanza sino por la justicia misma, que la mancha del crimen oculta y ennegrece las más altas ideas, y que la verdad y la virtud

no descienden á nuestra conciencia sino mezcladas entre torrentes de la luz del cielo.

Volvamos de nuevo á nuestro tema, á Vitelio. Decia, señores, que el mundo no podia sufrir tanta servidumbre. Las legiones de Oriente querian tener un emperador como lo habian tenido las legiones de España y la guardia pretoriana de Roma. Este emperador se llamaba Vespasiano. Las legiones de Egipto, de la Mesia, de Pannonia, pusieron á los piés de Vespasiano sus espadas. Por todas partes se levantaba gente en armas que iba á caer sobre el emperador para aniquilarlo. Dentro de la misma Roma, Vespasiano tenia parciales dispuestos á dar la vida por su causa. En este trance, finge Vitelio renunciar al supremo dominio del mundo. Una mañana, vestido de luto, con los ojos llorosos, desarreglado el cabello, tomada de dolor la voz, sube á la tribuna á despedirse de sus fieles compañeros, del pueblo y del ejército. Mas la plebe y el ejército, que veian en Vitelio un continuador de su política, un tribuno, un enemigo del senado y de la nobleza, le ofrecen sus auxilios, sus armas, sus votos, sus vidas. Entonces el emperador les señala el Capitolio donde estaban los parciales y amigos de su competidor. Las huestes y las muchedumbres se dirigen confusa y atropelladamente al Capitolio. ¿Qué profanacion! El Capitolio, fortaleza de la ciudad, depósito de todas sus glorias, testigo de todos sus combates, centro

de la tierra, trono de toda autoridad, de todo poder, sombra augusta de la majestad del pueblo, nombre que invocaban las legiones en medio del combate y saludaban despues de la victoria, arca sagrada de todos los recuerdos de Roma, altar donde ardía el genio de la Ciudad Eterna; el Capitolio es asaltado por los vitelianos, es herido, es profanado, y el templo de Júpiter Capitolino, la estatua de la divinidad tutelar de Roma, con su corona de rayos, su cetro de oro, su manto de púrpura, y las cien estatuas de bronce dorado, y los chapiteles de acero, y las columnas marmóreas traídas por Sila, y los trofeos, los Rostros de las naves de Cartago, la espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Ligures, las flechas de los Alpinos, los dones de Yugurta, Aristóbulo y Mitridates, los jarros de oro, todos los tesoros del Capitolio son rotos ó manchados de sangre, ó consumidos por el fuego, como si Vitelio, no contento con profanar á Roma, quisiera profanar toda la historia romana.

Al ver ardiendo el Capitolio, el pueblo se espanta, porque el Capitolio era el hogar sagrado de la ciudad; al ver rota la estatua de Júpiter Capitolino, la aristocracia se acongoja, porque Júpiter Capitolino habia sido su númen, su amparo, y en la conjuración de Catilina, su refugio. Entonces Vitelio, dejándose llevar de la impresión de sus sensaciones, como buen epicúreo, se detu-

vo en la pendiente, anheló la paz, mandó las vestales al campo enemigo para pedir una reconciliación, depuso su espada en el templo de la Concordia. Los enemigos de Vitelio se acercan á más andar á Roma y llegan á sus puertas. En este instante se traba dentro de la misma sagrada ciudad un combate sangriento y horrible. El pueblo asiste como al circo y al teatro, ahulla para excitar á uno y otro bando á la matanza, se arroja sobre los cadáveres á recoger sus despojos, vé con indiferencia cómo los soldados forman la tortuga militar, y se esconden, y reaparecen, y se condensan en pelotones, y se desbandan, y abren fosos, y arremeten á las murallas, y rompen las puertas, y violan y destrozan los altares, los dioses, y arrojan mechas encendidas y forman reductos; espectáculo horrible, pues mientras unos mueren ahogados en sangre, otros á la luz de los incendios, sobre las ruinas, al eco de los quejidos de los moribundos que pueblan los aires, se entregan á los placeres y á los festines, á las orgías en terrible contraste.

Vitelio en esta gran confusión se dirige al monte Aventino, á la casa de su mujer. Arrepiéntese pronto según su natural veleidoso, y retrocede á su palacio. Entra, y lo halla en la soledad, en completo abandono. En vano recorre sus patios, sus pórticos, sus salones; en vano abre una tras otra sus puertas con miedo y con recelo; en

vano interroga á los altares abandonados de sus dioses domésticos; aquella soledad le dá frio como la soledad de un sepulcro. Mas súbitamente oye un ruido extraño como de gente en armas, y corre á esconderse en un lugar inmundo con sus compañeros inseparables, con sus confidentes, con su carnicero y su cocinero. Los soldados de Vespasiano le encuentran y le preguntan por Vitelio. Al pronto les miente y les engaña, pero viendo que le conocen les revela su nombre. Como se apercibiesen furiosos á herirle y golpearle, cae de rodillas pidiéndoles la vida cobardemente. Los soldados no le oyen, y le arrastran á la calle. Entonces comienza para Vitelio un verdadero tormento. Medio desnudo, herido, golpeado, lleno de polvo, de barro, con una soga al cuello, escupido, insultado, le arrastran por la vía Sacra, le presentan á la vergüenza pública, le atormentan con toda clase de tormentos; y unos le escarnecen, otros le pasan por los labios el cieno de las calles; aquellos le tiran del pelo, estos le hacen levantar la barba á lanzazos; y la multitud á grandes gritos le llama gloton, borracho, infame, y se rie de su cara colorada y granujienta, de su inmenso vientre, de su cojera, de su sangre; hasta que por fin, á golpes, á lanzazos, á insultos le acaban como los perros á la vencida fiera, le hacen pedazos, y arrastran con garfios los restos que se salvan de tanta crueldad á las inmundicias

del Tiber. Un rasgo se cuenta de él, que pinta al pueblo rey, un rasgo sublime, de esos que tan frecuentes son en los hombres de la antigüedad. Como entre un grupo se distinguiera un hombre que le llamaba ladron, borracho, infame, dijo Vitelio dirigiéndose á todo el grupo con sardónica sonrisa: «Y sin embargo de todo eso, he sido vuestro amo.»

Despues de la muerte de Vitelio parecia que el mundo iba á gozar algunos instantes de paz bajo el dominio de Vespasiano. Este príncipe, salido de las últimas esferas sociales, plebeyo por nacimiento, iba á cumplir una idea generosa y grande, iba á democratizar más y más á Roma. El Imperio tenia dos ideas, una negativa, otra afirmativa. La idea negativa del Imperio consistia en destrozár á las clases superiores de la sociedad, en aniquilarlas, alejando cada vez más la esperanza de la reaparicion de la República. Esta idea negativa la habian cumplido, la habian realizado aquellos emperadores que como Tiberio, Calígula y Neron habian pasado la vida destruyendo, matando á la nobleza. Pero al mismo tiempo, el Imperio tenia una idea afirmativa, extender los privilegios de las clases aristócratas á todos los ciudadanos, abrir las puertas del *Pomerium* á todos los hombres. Así Vespasiano destruia la separacion entre el Imperio y el pueblo por medio de una familiaridad continua con las clases pobres;

levantaba al senado á los nacidos en baja cuna; llamaba á los privilegios de la ciudad á los hijos de las más apartadas regiones de Italia, llevando poco á poco el calor de la vida á todo el Imperio. Era Vespasiano el primer emperador plebeyo que pisó el trono del mundo, y recordando siempre su origen, se ganaba el corazón del pueblo.

Habia en Vespasiano un carácter especialísimo, que merece toda nuestra atención. Su vida se había empapado en el espíritu mágico del Oriente. El gnosticismo, que estaba en gran florecimiento, le había imbuido ideas religiosas, bien ajenas al espíritu positivo y práctico de los romanos. Por todo el Oriente estaba propagada la creencia de que el mundo había recibido un Salvador con fuerza bastante para domeñar la misma naturaleza en su combate con el hombre. Así que un genio superior se levantaba y se distinguía entre los hombres, creían ver en su frente la marca esplendorosa de la elección divina. Esta idea se respiraba en los aires, se exhalaba del cáliz de las flores de Oriente, se oía murmurar en las playas, en los bosques, flotaba sobre las ruinas de los templos; porque era como la nueva alma que Dios condensaba para derramarla en la humanidad, preparándola á recibir la revelación de su eterna palabra, que había resonado ya en la sublime cima del Calvario. Así, muchas gentes sabían que un Salvador había venido; pero igno-

rabán quién era y dónde estaba el Salvador. Cuando vieron los de Alejandría, los más imbuidos en revelaciones místicas, entrar en sus muros el gran general, apercebido para ascender al Capitolio, creyeron que él había domeñado el destino y la naturaleza; y los ciegos le seguían pidiéndole luz, y los paralíticos pidiéndole fuerza y movimientos, y los mismos ídolos de los templos se conmovían sobre sus altares, creyendo que había sonado su última hora, y que había venido el hombre destinado á descifrar el enigma de sus gastadas teogonías, y á matar la luz celeste en sus frentes. Observo esto con cuidado, señores, esto que nos cuentan Tácito, Suetonio, Plinio y Eutropio, porque prueba cómo la humanidad buscaba instintivamente el rayo de la luz celeste, la verdad cristiana, que bien pronto había de penetrar en su conciencia. Vespasiano llevaba en su mente también algo de esa exaltación mística y de la idea oriental. Por eso, con más virtudes y más genio que Galba, no pensó en restaurar la aristocracia, y como hijo de su tiempo, fiel á su siglo, fortificó el Imperio.

Este amor de Vespasiano al Imperio debía ser contrastado por una secta poderosa y grande, por el estoicismo, que aspiraba á dominar el mundo. Cuando una idea amanece en la conciencia humana por la ley de serie que le es propia, toca hasta los últimos límites de la sociedad y de la

vida. La filosofía griega, y especialmente el movimiento socrático, habían tomado una tendencia social en la escuela estoíca. La metafísica de esta escuela era esencialmente moral, sus conclusiones esencialmente prácticas. De aquí, por una fuerza dialéctica, esa idea se había convertido de puramente filosófica, en positiva y social. Era pues el estoicismo no solo una escuela filosófica, era un gran partido político; y no era un partido político doctrinal y especulativo, era un partido político militante y guerrero. Como poseía la idea del alma universal, de la justicia, del derecho humano, comprendía que esta idea encerrada en la ciencia estaba como dormida, y era necesario encerrarla en el mundo. Pero los estoícos creían que sus ideas de justicia universal, de derecho, no podían encerrarse en un Imperio librado á la absoluta voluntad del hombre, y clamaban por una República libre y fuerte. Vespasiano perseguía á estos hombres, que así turbaban la paz de las conciencias, y muchos de ellos murieron en el destierro; pero no lo olvidemos, señores, para postrarnos de nuevo en este largo camino de la historia ante la Providencia; aquella idea estoíca perseguida y proscripta debía subir pronto al dominio del mundo personificada en grandes emperadores.

Y en verdad que si los estoícos pensaban en resucitar la antigua aristocrática República, pen-

saban una idea pobre y mezquina. La cabeza de esa República era el senado, y el senado padecía de una enfermedad incurable; deseaba la libertad, pero no tenía fuerzas para sacudir la servidumbre. En los tiempos de interregno que habían mediado desde la caída de Vitelio hasta la entrada de Vespasiano en Roma, el senado había dirigido al mundo. ¿Y qué había hecho? Dividirse en parcialidades confusas, aniquilar su propia dignidad, mostrar pequeñas ambiciones, apresurarse á enviar embajadores al príncipe, consentir perjurios horribles, levantar monumentos á la memoria de Galba, sin atreverse á levantar el monumento de la República, mostrarse indeciso, excéptico, aparejado para su eterna esclavitud, digno de su postracion y de su decadencia. En medio de esto, el senado creía que bastaba para sostener la esperanza de restaurar la antigua Roma, el levantar los signos que recordaban la muerta aristocracia, y trata de alzar el Capitolio destrozado por los vitelianos. Los arúspices mandaban sacar las ruinas del antiguo Capitolio y arrojarlas á las lagunas del Tíber; el espacio del antiguo templo fué cubierto de hermosas cintas y de coronas de flores, los soldados victoriosos y que más pruebas habían recibido del cariño de los dioses, las vestales, los niños cuyos padres aún vivían, rociaban el suelo con agua pura cogida en los arroyos y en las fuentes; los senadores ar-

rojaban un gran peñasco en un foso para que fuera el asiento inmortal del nuevo templo, y en lo alto de la colina, bajo el cielo riente, alegre, á la luz de un sol hermosísimo, el pretor sacrificaba sobre el césped un toro y una oveja, y el himno del holocausto se perdía y se disipaba en los aires como el eco de los cantares y las oraciones de los romanos, que se congregaban de nuevo á reedificar aquella fortaleza, á cuyos piés aún habia de estar por muchos siglos rendida y humillada la tierra.

El reinado de Vespasiano, que continuaba la obra del Imperio, fué breve, fugaz, y bien pronto le sucedió su hijo Tito. El Imperio de Tito no es más que la continuacion de las ideas y de las tradiciones de Vespasiano, su padre. La familia de los Flavios, cuya cabeza era Vespasiano, ofrecía en dos príncipes una antítesis digna de estudio. Tito era afable y virtuoso, y su hermano Domiciano era duro y cruel. Hablemos de Tito, cuyo gobierno fué un sueño, y como sueño breve, y por breve feliz. Había sido en sus mocedades compañero de aquel Germánico, hijo de Claudio, sobre cuyo cadáver pasó Neron para llegar al supremo dominio; y conservaba tal afición á su memoria que le tuvo en efigie entre los dioses lares, y lo paseaba en estatua en las festividades públicas y en los juegos del Circo. Tito era hábil en manejar el arco, gran caballero, impaciente en la guer-

ra, arrojado hasta la temeridad en las peleas, amigo de cultivar la poesía y las ciencias, un tanto ngóstico, pues habia respirado el aire de Jerusalem y de Alejandría, dado á visitar los templos, á controvertir las religiones, á interrogar los moribundos oráculos, á librar la esencia de todos los dogmas; fastuoso, orientalista; y así gustaba de sacrificar en aras de todos los dioses, vestido de lino como los sacerdotes, coronado con diademas de oro; se inclinaba á las ciencias mágicas, á las que leían lo por venir en las estrellas, á las que renovaban el espíritu con alguna esperanza infinita, y llevado de esta inclinacion consultaba á Apolonio de Tyada, aquel hermoso jóven que soñaba salvar el mundo con una idea ya extinguida en la paciencia humana, fastuoso y liberal y amante del pueblo, y celoso del bien del Imperio; y asaltado por continuos febriles delirios de amor á lo desconocido, Tito infundía en las venas de Roma algo de aquel espíritu misterioso que él habia aspirado en las regiones de Oriente. En sus tiempos y bajo su direccion fué tomada y destruida Jerusalem, mas este suceso extraordinario será tratado, cuando saliendo de Roma, derramemos una mirada sobre el mundo á su poder sujeto, y veamos pasar todas las razas. Su reinado fué breve. Conociendo que Roma estaba soliviantada por continuas delaciones, que muchas veces caían sobre inocentes, mató á los delatores. Viendo que el

conspirar era ya natural en Roma, vence en generosidad á los conspiradores, los convida al Circo, les ofrece asiento á su lado, les dá las espadas para que las prueben, y casi les enseña el pecho como para probar su atrevimiento, que no llegó á consumir su designio. Si hubiera sido posible un alma mística en aquella Roma tan positiva, tan práctica, tan humana, Tito hubiera sido presa del misticismo; pero no pudiendo por el carácter de aquella civilizacion tan apegada á la vida real explayarse en lo infinito, con que alguna vez soñaba, se espaciaba en grandes festejos, en festines públicos, donde corría el vino como las aguas del Tíber, en grandes simulacros militares de que gustaban los romanos como recuerdos de su gloria, en batallas navales que ensangrentaban las lagunas, en juegos de gladiadores, en luchas de fieras, pero luchas tales, que en una ocasion cinco mil alimañas feroces enrojecieron con su sangre las arenas del Circo.

Y este hombre, como su padre Vespasiano, á pesar de tener un carácter filosófico, era odiado por los filósofos cínicos y estoicos, los grandes individualistas de aquella sociedad. Nunca el estoicismo habia hecho una tan cruda guerra á ningun emperador. En tiempo de Claudio, de Neron, las protestas se reducian á escribir un ideal de virtud para que flotara como una esperanza sobre aquella sociedad encenagada en los vicios. Pero

en tiempo de los Flavios su oposicion llegó á más, fué más espantosa, más fuerte; el estoico Helvidio Priscio predicó contra Vespasiano en las plazas, Diógenes y Heras contra Tito en el teatro. Estos dos emperadores, que perdonaban á los patricios, no perdonaban á los filósofos. Esta lucha singular, que no he visto caracterizada y descrita, prueba, en mi sentir, que la filosofia práctica positiva de Grecia y Roma temia que el trascendentalismo religioso y místico de Oriente, personificado en los Flavios, pudiera impedir la obra de la libertad de los hombres y la dilatacion del derecho. En efecto, Tito no puede ser bien juzgado, porque su obra acabó antes de tiempo. Su hermano menor, ambicioso, malvado, cruel, cortó el hilo de aquellos dias que habian sido las delicias del género humano. Cuéntase que advertia Tito en sus entrañas el presentimiento de su muerte, que en un espectáculo público lloró amargamente en presencia del pueblo, que se entristeció por haber visto huir la víctima destinada á un sacrificio, que se partió al país de los sabinos, y en el viaje le sorprendió la calentura, que recorrió la cortina de su litera y clavó los ojos, arrasados de lágrimas, en el cielo, doliéndose de morir tan joven y de llevarse consigo grandes pensamientos á la madre tierra, que llegó á la quinta donde habia muerto su padre y allí espiró, sin duda antes de tiempo, cual si la Providencia hubiera gozado

en su muerte, como aquel escultor que con su propio martillo quebró su estatua para gozar solo de tanta hermosura.

El último de los hijos de Vespasiano, llamado Domiciano, subió al trono del mundo. El comun sentir de los historiadores le atribuye la muerte de Tito; crueldad horrible, que acusa en Domiciano la naturaleza y los instintos de un tigre. Educado en el odio á la aristocracia, comprendiendo el destino y la idea del Imperio, orgulloso hasta el extremo de creerse un dios y levantarse á sí mismo altares y estatuas; menospreciador de las letras, que cultivan el alma y pulen el corazon; recelando siempre del pueblo y queriendo que el pueblo recelase de él como dos gladiadores que se miran frente á frente; amante de la adulacion y al mismo tiempo enemigo de los aduladores; uniendo á la cobardía la crueldad y al odio el ensañamiento y la venganza; gozándose en la memoria de los más aborrecidos emperadores y tomándolos por un ideal digno de su imitacion; Domiciano era sombrío y vengativo como Tiberio, viciosísimo y fastuoso como Neron. Sin embargo, justo es recordar que esta naturaleza tan viciada llegaba á sentir el principio de igualdad y á realizar una faz del derecho. Como hubiese costumbre en Roma de mutilar horriblemente los esclavos para convertirlos en eunucos, prohibió esta violacion de la naturaleza humana. Como, á pesar

de la revolucion social que trasformaba desde tan luengos tiempos á Roma, se establecieran aun diferencias entre los hijos de los caballeros y los hijos de los libertos para optar á ciertos cargos públicos, borró esta diferencia; idea digna de un heredero del pensamiento y del destino de los Gracos. Y hé aquí, señores, por qué razon el emperador dominaba al senado, porque tenia una idea de derecho más alta, un principio más divino de justicia. En el mundo puede haber grandes eclipses de la verdad y gravísimos desfallecimientos del bien; pero en el último término, el triunfo es del derecho; creencia consoladora que enjuga nuestras lágrimas y nos alienta en esta eterna cruzada en favor de la libertad y de la justicia. Pero al mismo tiempo que Domiciano realizaba así lo que hemos llamado la idea afirmativa del Imperio, realizaba la idea negativa, destruía con bárbara crueldad el senado y la aristocracia, para quienes el Imperio habia sido un eterno suplicio. Rodeábase de infames delatores, de cuya boca pendia la vida de los ciudadanos. Se encerraba frecuentemente en lo más hondo de su casa y se entretenía en matar moscas. Gustaba de bajar á las cárceles á insultar á sus víctimas, y á pesar con sus propias manos sus cadenas. Enviaba á los baños, á las bibliotecas, al Foro, á parciales suyos, á sus amigos, á provocar á las gentes, á que hablaran mal de su gobierno y de su persona, pa-

ra tener ocasion de cohonestar nuevos asesinatos, nuevas crueldades. Tenia por un crimen el que no amaran á sus gladiadores, el que no saludaran severamente á sus libertos. Llamaba á los más poderosos de Roma, los recibia con amor, les sonreia, les acariciaba y los mandaba matar, ó los mataba muchas veces con sus propias manos. Complaciase en ver cómo la sangre salia de la entreabierta herida, cómo la respiracion se perdia en el pecho, cómo la luz de los ojos se extinguia, cómo se apartaba el alma del cuerpo, cómo caian á sus plantas sus víctimas exánimes. Se tenia por muy compasivo y humano cuando dejaba elegir á sus víctimas el género de muerte. Las razones que daba para consumir tantos asesinatos, eran falsísimas. Mató á un discípulo del farsante Paris porque se parecía á su maestro, que habia sido amante de la emperatriz Domicia; á Elio Lama por ser demasiado gracioso; á Coceyano por haber celebrado el dia del nacimiento de Othon, su tio; á Junio Rústico por haber llamado á los estóicos los hombres más virtuosos de la tierra; á Pompeiano por haber nacido bajo una constelacion que le prométia el Imperio; á Helhidio porque habia hecho una composición llamada Paris y Enona, en que creia ver una censura de su divorcio; á Flavio Sabino, cónsul y primo suyo, porque en el dia de la eleccion el heraldo se equivocó, y por llamarle cónsul, le llamó emperador; á casi toda la

aristocracia romana por ese odio instintivo, irconciliable, que los emperadores, los perpétuos tribunos de la plebe tenian á los antiguos depositarios de la República.

La decadencia del Senado llegó en esta época á su último extremo. Tácito pinta con negros colores en su *Vida de Agrícola* esta angustia de la institucion predilecta de la República. Los senadores, perseguidos, acosados, viendo que todos los dias faltaban algunos de sus colegas á su lado, sin ninguna facultad, sin ningun poder, cómplices y víctimas de los crímenes del emperador, abandonados á una continua soledad, forzados á bajar por miedo la frente, veian caer en pedazos su antigua autoridad, y se resignaban en su desolacion á perderlo todo, menos la vida, que á duras penas podian arrancár á las garras de su eterno enemigo, el cual los perdonaba muchas veces por no creerlos dignos ni aun de su odio y sus venganzas. Así cuando veian entrar en el senado un emisario del emperador, se arremolinaban, se unian, temblaban, y aguardaban con ansiedad á quién tocaria la señal de muerte, y cuando veian elegido para el suplicio á uno de sus compañeros, el egoismo, el amor de su propia conservacion les hacia mirar con indiferencia aquella gran desgracia, como el rebaño no se cura de la pobre oveja destinada al sacrificio. Así, tan miserablemente perecen, señores, las institucio-

nes más altas, cuando han cumplido su destino.

A pesar de todas estas desgracias, la vida de Roma era bajo Domiciano vida placentera y alegre. Para los aristócratas Domiciano era un Tiberio; para el ejército y el pueblo era un Neron. Daba espectáculos navales, caza de fieras, combates, juegos de gladiadores en que peleaban hasta las mujeres desnudas, y para aumentar la voluptuosidad de estos juegos, los celebraban de noche, á la pálida luz de las antorchas, que aumentaba las facciones del Circo, y á los rojos, verdes, azules y blancos, unía los violeta y amarillos. Repartía grandes dones al pueblo, delicados manjares en hermosas cestas de mimbre. Cubría el Capitolio de ganados, que destinaba á sus propios altares, porque se creía un dios; flaqueza propia del gnosticismo de la familia Flavia. Así el pueblo pasaba su vida yendo del templo al campo de Marte, del campo de Marte á las Naumaquias, de las Naumaquias al Circo á ver morir los gladiadores. Las fiestas del Circo han sido descritas con tal puntualidad por los escritores romanos, que aún parece que las estamos viendo. El Circo se puebla, las damas se sientan en lo más alto resguardadas del sol por los velos de púrpura que hermocean sus rostros de alabastro; los caballeros, los senadores, las vestales y el pueblo ocupan sus respectivos asientos, de antiguo designados; los gladiadores entran en carros pintados de va-

rios colores y se lanzan á la arena; unos ejercitan su fuerza, otros ensayan posturas académicas, actitudes clásicas semejantes á las actitudes de las más renombradas estatuas, y todos juegan con las varillas, con las espadas, con los escudos, lanzándolos al aire y hablando entre sí como hermanos, como amigos, cuando bien pronto van á darse mutuamente la muerte; el emperador aparece en el centro y comienzan á desfilan en su presencia los jugadores, luciendo unos su tridente de hierro, su casco adornado con plumas de pavo real, sus borceguíes celestes; otros su casco de cuero rematado en un pez, sus espadas anchas, sus crines rojas; algunos su clámide corta, su casco refulgente de acero; y á una señal convenida se lanzan á la arena, se miran frente á frente, se buscan, se huyen, se arremeten, se hieren, ensangrientan el Circo, y caen exánimes unos sobre otros, muriendo académicamente, saludando al César, sonriendo por la gloria que han adquirido, mientras el pueblo se levanta, palmo-tea, ruge, y se embriaga de sangre, y llena los aires con sus ahullidos, que son la música del combate. Estos juegos tienen un sentido político, porque mientras así Domiciano festeja al pueblo, convida á los senadores á festividades fúnebres, que concluyen despues de una larga y profusa cena con la muerte de los más elevados aristócratas.